

hubieran servido de nada, su alma presa en las voraces llamas del infierno, ardería entre los condenados y su desgracia sería sin remision. Comprended pues, hijos míos, los aterrorizadores efectos del pecado mortal.

CONCLUSION. ¿Quiereis saber el santo terror que causaba á los santos? Escuchad sus quejidos. Evoquemos un instante sus ombras. Ahí teneis á un personaje venerable, San Edmundo, arzobispo de Cartombery. Dínos ilustre pontifice, qué pensais del pecado mortal. Oid, hijos míos, y gravad su respuesta en lo más profundo de vuestros corazones. Si tubiera á mi derecha un brasero y á mi izquierda un pecado mortal, preferería echarme en el brasero y arder allí durante siglos enteros que caer en el pecado mortal. Y tú Santa Catarina de Genova, tu amiga de mi Salvador Jesús, á quien se complujo el Señor en comunicar tantas luces é ilustrar con tantos dones, dínos tambien lo que te parece del pecado mortal. Más te valdría, hijo, escribe, echarte de cabeza en un horno ardiente y abrasarte allí vivo que cometer uno solo; por lo que á mí toca, si fuera el mar inmenso lago de fuego, yo me hechara en sus profundos abismos y no saldría jamas si creyera encontrarle en mi presencia en cuanto llegara á la orilla. ¡Ah amados de mi alma! y que más podría deciros para haceros comprender su gravedad, que palabras más terminantes podría encontrar que las que acabo de citar. Sí, hijos, temamos tal estravío, temamos semejante caida; en verdad es el pecado mortal ruina de nuestra alma, causa de nuestra condenacion. En verdad es el pecado mortal el que dió la muerte á Jesús, en verdad es mayor de todos los males, en verdad es el que arrastra millares de almas en el infierno... Lloremos pues amargamente los que hemos cometido, si queremos que sean santas nuestras comuniones y en signo de arrepentir, decid juntamente conmigo, con detemida pausa: Señor mio Jesucristo etc Amen.

PLATICAS POPULARES

SOBRE

LA PRIMERA COMUNION.

EJERCICIOS PREPARATORIOS.

PLATICA SEXTA.

(Viernes por la tarde.)

La Virgen Santísima merece toda nuestra confianza y es digna de nuestro amor...

Hecha la visita á Jesus Sacramentado, hablándonos del amor de María Santísima para con nosotros, hayer deciamos que, por acendrado que sea el que le tributan sus devotos, nunca podremos parangonarle con el que fragua su corazon. Pero qué cosa tan extraña, á pesar de su imperfeccion le solicita, la Virgen del puro amor quiere que nosotros la amemos. Semejante á aquella amantísima madre que nunca cansan las amenas caricias de sus hijos, María pide amor y caricias... Apareciendo cierto dia á Santa Brigida le decia « Hija mia, si verdaderamente me amas, si como tú lo dices es todo mio tu corazon, no pierdas un instante, esfuerzate con ahinco en que participen pronto tus hijos á este mismo conocimiento, á este mismo amor. A yo tambien me parece, amados de mi corazon, oir las mismas palabras « Si me amas, verdaderanmete siento que me dice la hermosísima Soberana de cielos y tierra, esfuerzate en infundir este mismo amor en el corazón de estos cariñosos niños; inspírales una tierna devocion,

haz vibrar las más purísimas entrañas bajo el impulso de sus suspiros. Si me amas, díles que yo soy la madre del puro amor... ¡O Nobilísima Señora, O dulce madre de mi Jesús! Vos que penetráis los corazones y leís en lo más íntimo de las almas, Vos sabéis cuan ardentísimos son los deseos que me animan de que sean del todo vuestras estas amantísimas criaturas que se preparan á hospedar en sus corazones al divino Jesús, alcanzádme la gracia de hacerles comprender en este día que sois vos verdaderamente digna de toda su veneración y confianza, y que ni hay ni puede haber objeto más digno de su amor.

PROPOSICION Y DIVISION. Y ahí teneis, hijos míos, la división de mi plática, *en un primer punto* oireis cuan digna es María de nuestra confianza, y *en un segundo*, cuan digna es de nuestro amor.

Parte primera. Siguiendo paso á paso los incomparables escritos de San Juan Damasceno sobre la Virgen María, encontré esta frase que llamó mi atención. « Todas las misericordias del Señor están en manos de María » ¿Lo habeis comprendido? *Todas las misericordias del Señor* - Pues cuantos beneficios se dignó dispensarnos, cuantas gracias nos concede, cuantos bienes nos otorga, salen de manos de María. Y esto significa, qué tomándolas Jesucristo, si así puedo exprimirme, de su propio puño en los infinitos tesoros de sus merecimientos, y poniéndolas en manos de su amantísima madre le dice: « Dulce madre, a vuestra disposición están, distribuídlas conforme os plazca »; Dios mio: Dios mio!... Nunca me cansaría de explicaros, Hijos, cuan noble, cuan poderosa es María, que dichosos seríamos nosotros si pudiéramos amarla de todo corazón y merecer tenerla por abogada y patrona. Este mismo san Juan Damasceno, cuyas palabras os acabo de citar, fue desde sus más tiernos su fidelísimo devoto. Pero á qué tomar un ejemplo cuando todos los santos fueron sus siervos y crecieron en parabienes bajo su protección poderosa. Si os cito este, es porque ninguno mejor puede decirnos, por que merece María toda nuestra confianza y con cuanta razón hemos siempre repetido que nunca la invocamos en vano... Escuchad. Era en aquellos tiempos en que se pasaron grandes extragos en Grecia. La herejía de los Iconoclastas desollaba las Iglesias y profanaba los altares. Aquellos insensatos decían que era idolatría el venerar las imágenes; qué necedad!... ¿no es verdad? Quien de vosotros ignora que

cuando os postrais á los pies de la divina princesa, cuando cogiendo su imagen la llevais á vuestros labios, cuando besais con respeto su medalla, que no es vuestra intención el adorarla, sino simplemente el decir á la madre de nuestro divino Redentor « Mucho os amo, amante protectora de las almas puras, tomádmeme bajo vuestro divino amparo »

Pues bien San Juan Damasceno escribió un libro en favor del culto de María le cortaron la mano derecha, pero la dulce Madre de Jesús, en quien había puesto toda su confianza, le protegió. Aparciéndole una tarde « Juan, le dijo, sientes haber padecido por mí un tal suplicio. ¡Oh! no señora respondió este, por vos daría mil vidas. ¿Y tanta confianza tienes en mí?... Crees acaso que vaya mi poderío, hasta poder volverte la mano que te cortaron. Esto creo que vos podeis se exclamó llevado fuera de sí el Damasceno, y mucho más... Cogiendo entonces el miembro amputado la reina de los ángeles, le colocó otra vez á su puesto y desapareció diciendo estas animosas palabras: « Hijo mio, ya estás curado, escribe nuevos cánticos en alabanza mia, refuta á los herejes, seas el campeón de mi santo nombre »; ¡Qué milagro tan estupendo! Juan podía decir con toda verdad, todas las gracias del Señor están en manos de María. Hagamos ahora un instante reflexión sobre nosotros mismos. Muchas gracias necesitamos en estos días. Aquellas sobre todo de alcanzar perdón de todos nuestros pecados, de purificar nuestras almas extirpando todos los vicios y adornándolas de todas las virtudes, aquella por fin de recibir santamente á Jesús sacramentado... ¿Pensais poderlas alcanzar con vuestra propia fuerza? De seguro que no... Y entonces hijos, que nos queda que hacer. Escuchad la voz de san Bernardo... Tú que no aciertas, nos clama á descubrir entre los envueltos senos de tu corazón la maldad del pecado, invoca á María, es ella estrella de los naufrancos, dulce luz de extraviados. Tu que deseas, hacer una buena primera comunión, invoca á María, es madre de Jesús, te alcanzará cuantas gracias necesitas. Sí, hijos míos, poned toda vuestra confianza en la reina de los cielos y tierra; será su mayor gozo correr á vuestro auxilio y todos sabemos cuan valiosos son los ruegos que ella dirige á su divino hijo.

Parte Segunda. Entre todas las perfecciones de María hay una que

hace palpar el corazón de los santos, llena de gozo á las almas puras y es el supremo consuelo de los desconsolados. Aquella que María es nuestra Madre. Transportemosnos en espíritu al monte Calvario. ¡O que horror! ¡qué espanto! A la escasa luz que permiten los torbellinos, las tormentas y las tinieblas, mirad aquellos tres hombres lastimosamente afrontados en tre cruces, los dos fascinerosos y en medio de ellos á Jesús... A la izquierda está el mal ladrón que muere en maldito y blasfemando, á la derecha el bueno. Que no os cause pena su muerte, luego gozará eterna gloria en las mansiones de la bienaventuranza. Devolved vuestros ojos de la desalmada turba que aguarnacha de insultas á nuestro divino Redentor. ¡O asombroso espectáculo! y fijadlos conmigo al pie de la cruz de aquel hijo escogido entre millares; ved á su Madre en pie firme y constante pero anegada en un mar de sentimientos, ved á María Santísima, Emperatriz de los cielos y tierra, sin alivio ni consuelo, triste, sola, llorando, su hijo la mira, ¡que dolor! pero veo que vuelve también hacia vosotros sus ojos anublados con lágrimas y sangre, yo veo que se despegan sus labios. Me parece que quiere hablar, ¡qué va á decir!... Levantado el espeso velo que cubría los tiempos, dirigiéndose á su Madre le dice. «Madre, he aquí á tu hijo. «Y volviéndose despues hacia vosotros, os repetí aun en este día aquella palabra que dijo á San Juan «Hijo, he aquí á tu Madre» Comprendéis porque títulos es María nuestra Madre y en que circunstancia nos recibió por hijos de adopción. ¡Ah! amémosla al igual de aquella que nos puso en esta tierra, amémosla muchísimo más aun. Pero decidme, Hijo míos, ¿es que mucho las quereis á vuestras Madres? ¡Ah! si por desgracia vuestra, nada sentirais en vuestro pecho á semejante nombre, diría que no te neis corazones, ó que si lo teneis, es más duro que el bronce. Mirad, Hijos míos, el niño que no trae un verdadero afecto á su madre está dejado de la mano de Dios... Pero yo creo que todos las honrrais con el más acendrado cariño. En este momento todas andan solícitas por vosotros preparando al uno hermoso vestido, á este una camisa bordada, al otro riquísimo lazo. Para vosotras, hijas, la fulgente corona de las Vírgenes, o el vaporoso velo que os inunda. Para todos, aquellas vestiduras, símbolos purísimos del estado de vustras almas, de la resplumbrante hermosura de vuestros purificados corazones... ¡Ah! que si que las amais, y mucho,

no es verdad ¿Y ellas también os aman, Cuantas veces os han llamado vida de sus vidas. Y aquella Madre de los cielos, ¿en qué pensais que se ocupe en este momento?. En este momento, mientras que nosotros la invocamos postrados á los pies de este altar sagrado, ella también os prepara para el solemne día la más hermosa vestidura que ciñio jamás la criatura humana. Aquella de la inocencia. Postrada ella también á los pies de su divino Hijo, le dice «Amado de mi alma, vuelve tus enternecidas miradas hacia la tierna grey de aquellos ángeles en carne humana que te ruegan allá en aquel templo bendito, á los pies de aquel tabernáculo. Otórgales el sincero arrepentimiento de sus pecados, haz llover sobre ellos el divino rocío de tu gracia, enriquezeles con tus dones. »Hijos míos, y no se derriten nuestros corazones á tanta bondad. ¡Ah! digamos, con toda piedad. «Virgen Santa, tuyas son nuestras almas, tuyas nuestras potencias, tuyas nuestros sentidos, abrasanos con tu amor, nosotros quisieramos vivir y morir por tí... »

CONCLUSIÓN. Voy á concluir, Hijos míos, con un rasgo sacado de la vida de un fidelísimo devoto de la Virgen María, de aquella del beato Crispin de Viterba. Vereis con que candor, con que santa simplicidad la honra este santo. Siendo cocinero del convento, colocó en una pequenita capilla que habia encontrado en la pared de la cocina una estatua de la Reina de los cielos. Todos los días le ofrecía flores, escogiendo siempre las más hermosas y odoriferantes que encontraba. A veces hacía quemar también dos velas en su presencia. Pero sucedió, Hijos míos, que pasando algunos picaros por allí se lo robaron todo, un día las flores, otro las velas. Todos querian saber como se quejaria el santo de semejantes irreverencias, pues lo vais á entender. Postrándose á los pies de bondadosa Madre le dijo » pues qué, ayer os dejasteis tomar las flores, esta mañana las velas, en que pensais, porque no poneis Vos misma remedio, verdaderamente sois demasiado buena, algun día os dejareis robar á vuestro mismo hijo de los brazos sin dar tan solo una queja. » ¡Virgen Madre! quien hubiese podido contemplar tus celestiales sonrisas á tal vasallaje todo de amor y respecto...

Pero escuchad este otro sacado también de la misma vida. Teniendo á la sazón cinco años apenas Crispin, su Madre le llevó al santuario de

nuestra Señora de Cajigo, en Italia. Al salir de la Capilla le dijo : « Hijo mio, mira á la Virgen santísima como á segunda Madre, yo te pongo en este dia bajo su proteccion, amala de todo corazon. Y no la abandones jamás, invocála como á Soberana, en todas tus tentaciones como en todos tus ligros acuerdate de recorrer á ella, dile humildemente rendido « Virgen, ven á mi auxilio y vendrá. » Gravó en su memoria el niño tales palabras. Habiendo subido en un arbol con otros dos zagales de su tiempo, la branca en que estaba se rompió y cayeron los tres sobre un monton de piedras, los dos primeros se hicieron muy mal, pero Crispin, nada. Otro dia, estando á caballo sobre un asno, se puso este á dar coces y saltos, hastaque le derribó. Entonces, como si el dia blo se hubiese apoderado del instinto de aquel animal, bríncole en cima y dábale muescos y patadas con furia tal, que sus padres lo creian perdido. Cuando fueron á levantarle le encontraron alegre y contento como si nada hubiese sucedido. Crispin había invocado á María. Permetídme pues que concluya esta plática con aquellas mismas palabras que le decía su piadosa madre « Invocad á Maria y os socorrerá, implorad su auxilio y vendrá á vuestra ayuda » Si, hijos mios, durante estos dias en que os preparáis á la primera comunión, decidle vosotros tambien, corred, volad á nuestro auxilio, Virgen Madre alcanzadnos cuantas gracias necesitamos para recibir dignamente á vuestro hijo. Estad seguros que si la invocais con verdadera piedad os favorecerá. Amen. Así sea.

PLATICAS POPULARES.

SOBRE.

LA PRIMERA COMUNION

EJERCICIOS PREPARATORIOS.

PLATICA SEPTIMA.

(Viernes por la tarde.)

Sobre la confesion considerada como divino remedio para la salvacion de nuestras almas.

TEXTO. *Quorum remiseritis peccata remittentur eis* » A los que perdonareis los pecados les estarán perdonados.

Hablandoos esta mañana del pecado mortal y de su malicia, insistiendo sobre este punto, diciéndoos que es el mayor de todos los males y por consiguiente el extremo recato con que debemos evitarle, se me ha caido de la memoria el contaros un hermosísimo rasgo que leí aún siendo muy joven. Trátabase allí de un eminentísimo santo, de uno de los más ilustres doctores de la Iglesia, de San Juan Crysostomo. Siendo obispo de Constantinopla, en aquellos aciagos tiempos de inmoralidad y desenfreno, testigó amenudo de la descomunal injusticia y horrendas sentencias, pendientes, en los más casos de los frusleros caprichos de una mujer corrompida ; su boca de oro puesta en medio del pueblo para dar voces, no podía guardar el silencio. Hablaba sin temor, y hablaba claro, daba á tierra con el lujo y todos los desordenes y lo hechaba en cara de quien lo merecía..... de la princesa misma Eudoxia, que así se llamaba aquel-